

# HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

## RENDIDA A TUS PIES

Realmente estaba sola. Muy sola.

Se había pasado toda la adolescencia encerrada en casa, soñando con que algún día alguien vendría a buscarla, besarla, desposarla, llenarla de hijos, y finalmente ponerla a vivir en una casa con jardín y perro incluido.

Sara era fea, realmente fea.

Se podría decir que era la chica más fea de todo Tammerlane: el ojo izquierdo estaba completamente desviado a la derecha. Su nariz era fina, larga y arqueada. Algunos de sus dientes estaban superpuestos, su pelo era grueso y sus caderas eran lo bastante anchas como para semejante cintura de avispa. Era corta de estatura y chueca. Tenía el aliento de un dinosaurio, y los pocos que se habían acercado a ella, decían que olía a axilas.

Lo cierto fue que algún día tenía que tocarle una historia de amor. Si bien se enamoró del noventa por ciento de los varones de su colegio secundario, fue uno el que le correspondió: Germán Williams Estrado, irónicamente el joven más guapo del Instituto Tammerlane VI.

Pero el momento en el que hubo amor verdadero entre ambos, no fue hasta los instantes anteriores a la tragedia, tragedia que por supuesto, reservaremos para el final.

Corría el mes de Julio de 1999, cuando Sara tenía 17 años, y estaba atravesando una época de mucha masturbación.

Su cuarto estaba decorado con cientos de fotos indiscretas de muchachos que había amado en secreto, como los cajones repletos de cartas que habían amagado a ser enviadas con remitente invisible.

Exactamente el día 31, fue cuando el teléfono sonó.

Sara estaba metida en su cuarto desde hacía tres horas. Casualmente era el único en que no se había masturbado, debido a una simple razón: sería el último día.

Sara estaba atravesando un extenso encierro donde había dedicado sus neuronas a enamorarse y soñar despierta, cuando finalmente se autodescubrió.

Desde entonces, sabía que era la chica más fea, y que todo el Pueblo se burlaría de ella por siempre, y tanto su piel como esqueleto pasarían a formar parte de una leyenda local.

Así que apoyó el filo de la cuchilla con fuerza sobre el relieve de las venas de su muñeca, y se preparó.

RRRIIINNNGGGG!!!

Su madre, la señora Polansky, atendió el llamado.

Al instante, pegó un grito para que Sara atienda desde el cuarto.

Sara abrió los ojos, sorprendida. Aún había luz, aún estaba viva, aún estaba en Tammerlane.

Focalizó, y se supo en la silla, frente al escritorio. Miró sus muñecas todavía sanas.

Aterrizó en el teléfono. Lo tomó por el tubo y preguntó:

- Quién es?

- Germán W. Estrado. Y quiero decirte algo...

- Qué cosa? – preguntó intrigada, con el corazón a diez mil por hora.

- ... te amo.

Una vena microscópica estalló en el cerebro de Sara, y su zona urinaria no pudo contener un manojo de palpitaciones.

En medio del ahogo, alcanzó a decir:

- Yo también...

Inmediatamente, Germán continuó.

- Encontrémonos en media hora. En la plaza del colegio.

- Como digas, vida! – dijo Sara, ansiosa e idiota – Y no me extrañes: quedate tranquilo que en un ratito estamos juntos.

Colgó el teléfono, quitó la silla de su trasero, y se lanzó al suelo de rodillas. Minutos antes, se había derramado azúcar mientras endulzaba su (ahora no) último té con leche. El azúcar se clavó en su piel.

De esa forma y sin vacilar, salió a la calle de rodillas.

Bajó el umbral, y sus rodillas aplastaron el tramo de un recorrido de hormigas. Sonrió y lo toleró.

Dio media vuelta y caminó de la misma forma las cinco cuadras correspondientes hasta la parada del colectivo.

Una vez allí, tras veredas rasposas, piedritas ocasionales y cordones altos, descubrió que le dolía. Pero siguió sonriendo: hechos, esperanzas, besos, ilusiones. Todo lo que la aguardaba...

Y como queriendo controlar la velocidad de coagulación, sopló y resopló en sus peladas rodillas en carne viva, mientras vigilaba el horizonte.

Minutos después, la línea número 87 se detuvo ante Sara.

- No creo que puedas subir de rodillas. – le dijo el chofer, mientras la chica intentaba trepar en vano.

- Chofer! Usted es un guarango! – gritó una mujer – No se da cuenta que esa chica es discapacitada y necesita ayuda?

Sara estaba por poner la primera rodilla en el primer escalón, cuando resbaló y aterrizó de un golpe.

- Usted se calla la boca, que el que tiene la palabra acá soy yo! – contraatacó el hombre.

Sara continuó intentando. También cayendo.

- Esto es una dictadura! – gritó un joven pasajero, de barba desprolija. Estaba sentado en el fondo, y volvía de la Facultad. – Nadie puede hacer callar al Pueblo!

- Pero, que Pueblo ni dictadura! Lo que hace falta acá es mano dura! – dijo un anciano.

- Mano dura? Mano dura?! Usted habla de mano dura y ni siquiera se ha arriesgado a darle una mano a esa chica? – acotó la mujer de siempre.

- Ven? Típico de la gente burda: manda a un hombre mayor a ayudarla, cuando ella no se hace cargo. Por gente como usted, señora, es que nos merecemos dictaduras como estas!! – señaló el joven.

- Dictadura?! Ninguna dictadura!! Que soy el representante de todos ustedes, y ustedes mis protegidos! Así que más respeto!! – pidió el chofer.

- Hágame reír! Usted es una mente enferma que se burla y no comprende que esa pobre chica es discapacitada! – insistió la mujer, y continuó – En nombre de todo este diálogo político sin sentido, que alguien se digne a darle una mano!

- Acá nadie politizó. – se defendió el muchacho. – Lo único que sé es que la chica tiene los huesos de las rodillas al aire porque nos confiamos como estúpidos que esta señora le iba a dar una mano!

- Pero, tarado!! No te acordás que soy la paralítica que subió tres paradas antes con esta silla de ruedas?!

Al instante, el joven corrió a socorrer a Sara, completamente sonrojado.

Sara agradeció, conteniendo las lágrimas de la emoción y del dolor: emoción por el acto heroico del apuesto chico; dolor porque el hueso realmente ya asomaba de sus rodillas.

El joven la sentó a su lado, y hasta se ofreció en pagarle el boleto.

El colectivo volvió a la marcha, y todos a sus puestos.

- Te duele? – le preguntó con una sonrisa lastimosa detrás de su enrulada barba.

- No mucho. Recién voy descubriendo como controlarlo.

- Pobre, debe ser terrible padecer esta parálisis. Me gustaría poder ayudarte, hacer algo...

- Es hermoso, realmente hermoso lo que decís. Eso se llama amor, y si bien sos un chico bonito, no puedo ofrecerte mis labios a cambio de tu cariño, porque ellos pertenecen a mi destino. Si hay algo que aprendí en todos estos años es el sentido de la fidelidad.

El joven estudiante, no virgen, 25 años, la miró.

- Hablás en serio?

- Cómo va a ser broma?! Sin querer ofenderte: podemos ser amigos.

El joven se puso de pie y comenzó a lagrimear: no podía creer tal grado de inocencia. Se acercó al timbre, tocó por la parada y descendió.

Sara no pudo decirle nada. Tan sólo esperó que la comprenda.

El colectivo siguió su marcha, y a unas paradas más, la chica se lanzó de rodillas al asfalto, para rumbear a la plaza a tres pocas cuadras.

En la primera cuadra, se detuvo en un negocio de regalos, miró a través de la vidriera, y hasta enchastró de sangre el piso de todo el local, buscando un presente que nunca encontró.

Para finales de esa cuadra, se tomó cuatro fotos instantáneas, y se reservó una para su chico.

A mitad de la segunda cuadra, un ligamento se cortó gracias al desgaste, y Sara cayó a un lado, para retorcerse.

- Te sentís bien? – preguntó una joven de piernas sensuales, pechos erectos y de pelo largo, oscuro y abundante.

- Mejor que nunca. Es lo mejor que me pasó en la vida! – respondió entre el dolor.

La muchacha se extrañó y negó:

- No puede ser! Te está haciendo mucho mal.

- Lo decís por envidia! Vos sos de esas envidian la suerte de otra chica.

- Envidiarte?! – preguntó ofendida. – Cómo voy a envidiarte, si estás sufriendo como una cerda?

- Vamos!! Más!! Burlate más!! Ironizá y encubrite! Lo que querés es que desista, para ir por él y robármelo.

La muchacha se paralizó. Por un segundo, entró en sincro con la frecuencia de Sara, y no lo pudo creer.

- Mejor!!! No lo creas! Pero andate, andate te pido. O te mato! Si hay algo que aprendí en todos estos años, es en no confiar en nadie!

Al instante, la chica se subió a un taxi, alejándose lo máximo posible de aquella demente escena.

Eran las cinco y cinco, y Sara descubrió que estaba llegando tarde.

Así que tras retorcerse, dejó de contenerse las heridas, y regresó a las andadas de rodillas.

En la tercera cuadra, la pierna derecha se puso pálida y acalambrada, mientras que la izquierda tuvo esporádicos espasmos dolorosos.

Faltaba poco.

Un metro más y la plaza.

Entonces se topó con un niño y su perro. El perro olfateó a Sara

- Alejámelo! No te das cuenta que tengo que seguir?

El niño y su mascota miraron a la paranoica y desesperada adolescente.

- Si hay algo que aprendí en todo este tiempo es a luchar contra la adversidad. Así que atrás o lo destripo – dijo, sacando un cortaplumas escondido en su bombacha, amenazando con el modo sacacorchos.

Amo y mascota obedecieron. Y no sólo retrocedieron, sino que se hicieron a un lado.

Sara continuó.

Apoyó sus rodillas en las piedritas anaranjadas de la plaza, y mordió las muelas en una sonrisa. El sol brilló a la perfección.

Miró hacia delante.

- Me ama. – se recordó.

Avanzó lentamente hacia el monumento central, el genuino punto de reunión. Mientras, el polvo de ladrillo se pegó a la sangre y si bien pudo haber aliviado y cicatrizado las heridas, las piedritas destrozaron aún más la carne.

Germán surgió a la distancia bello y minúsculo.

Sara avanzó con más empuje, más y más veloz.

Pronto, Germán se convirtió en una figura.

Cuando llegó a sus pies, Sara le sonrió pálida y adormecida debido al dolor y la pérdida de sangre. Y él no lo pudo creer...

- Te destrozaste las rodillas!!! – dijo retrocediendo unos pasos.

Ella lo atajó.

- Todo por vos, mi vida!

- Pero, Sara... yo no... - y se volteó para buscar alguno de sus cómplices. Volvió a ella. - Yo no... no te amo en realidad. – dijo tímido.

- No!! – gritó ella entre lágrimas, tomándolo de los pantalones. – No te rindas, que lo nuestro es hermoso!

- Por favor, basta! Qué decís?!... No... no quise lastimarte, pero...

- ... pero me vas a lastimar si me dejás. Por favor: los dos podemos luchar... salir adelante.

- No quiero verte así. Por Dios! Es una locura!!

Detrás de los árboles, asomaron los compañeros que habían planeado la broma con Germán. Sara los divisó, y enseguida dijo...

- Germán!: te pido que perseveres, que luches... No caigas en manos de las rapiñas. Si hay algo que aprendí en todo este tiempo, es a perseverar, luchar... persistir. Yo persisto!!!

Y aferrada a las piernas de su amado, Sara entregó unos últimos shocks de esfuerzo a su cuerpo, para lentamente ponerse de pie. Llegó hasta el, y le susurró al oído:

- Ves que cambié?

Germán la miró y supo que había ido demasiado lejos con la broma: por un momento él y sus amigos habían olvidado que aquella chica tenía el cerebro puesto en otra dimensión.

- Perdoname por todo. – insistió ella, y derramó una lágrima bruta.

No pudo soportarlo más: todo el esfuerzo, todas las ganas, toda la lucha, toda la dedicación, todo el aprendizaje, todo el dolor, todo el andar, para llegar a... eso. Y todo ese peso recayó por última vez en sus rodillas.

Un auto pasó a lo lejos sonando un tema musical. El tema le rememoró el momento en que colgó el teléfono, atravesó el comedor, pasó junto a la radio, y salió a la calle de rodillas, sabiendo que la canción que sonaba en la radio de su madre, sería la banda sonora del noviazgo de Sara y Germán.

Nuevamente de rodillas, ella lloró, se acongojó, y quedó rendida como un capullo, doblada, recostada, con sus latidos apagándose.

Y fue ahí, en ese instante, en ese momento, que Germán, el joven bonito, mujeriego y gracioso del colegio, sintió lástima, mucha lástima. Y en el fondo de esa lástima, un pequeño destello de amor, uno tan chico pero el suficiente como para saber que jamás lo amarían como ella, que nadie lo comprendería como ella, que nadie se sacrificaría como ella... por él. Y ese destello se tradujo en un brillo casi imperceptible, posándose sus ojos, esos ojos que ella admiraba mientras moría.

Cuando Sara descubrió las pequeñas lágrimas en los párpados de Germán, murió en paz, descubriendo en su relativa madurez lo que el amor era. Aunque se lamentó: bastante sacrificio por algo tan manejable, sonso y delirante.

FIN